

CORRIGIENDO A STIGLITZ: DE LA INFORMACIÓN AL PODER EN EL MUNDO DEL DESARROLLO

BEN FINE Y ELISA VAN WAEYENBERGE

Durante la última década, Joseph Stiglitz ha adquirido una considerable reputación de radical. Comenzó cuando, luego de ser contratado como economista en jefe del Banco Mundial (BM), lanzó el Consenso Post-Washington, y fue reforzada por su posterior “renuncia” al puesto en el año 2000, la cual fue seguida por sus extensas críticas al Fondo Monetario Internacional (FMI), especialmente expuestas en su exitoso libro, *El malestar en la globalización*¹. Un examen más cuidadoso de la trayectoria de Stiglitz revela un número de verdades, no tanto acerca de sí mismo, como de las políticas e ideología del BM, la influencia del gobierno de Estados Unidos de América (EUA) sobre el Banco (revelada de manera más aguda en la reciente designación de Wolfowitz como presidente del mismo) y la ciencia lúgubre de la economía del Banco –de la cual Stiglitz se ha apartado sólo marginalmente. En rigor, el Banco ha respondido a su crisis de legitimidad a principios de los noventa atenuando los argumentos neoliberales en teoría mientras seguía apoyando al capital privado en la práctica. Ideológicamente, esto ha estado marcado por una serie de virajes en el lenguaje del BM, que incluyeron la incorporación de términos que van desde la “buena gobernanza” al “alivio de la pobreza” y, especialmente, su pretensión más reciente de ser antes que nada un “banco de conocimiento”. Cabe señalar que estos elementos son enteramente consistentes con el trabajo académico de Stiglitz y de hecho fueron fuertemente refrendados por él durante su gestión en el Banco. Sólo después de haber sido forzado a irse se vio obligado a aceptar, aunque de manera parcial, inconsciente e implícita, que el mundo –incluyendo el Banco– debía ser entendido de formas diferentes a las de la tradición académica que él mismo ha procurado promover.

EL CONSENSO POST-WASHINGTON Y EL REDESCUBRIMIENTO DEL DESARROLLO EN EL BANCO

Hace una década, las instituciones de Bretton Woods estaban cumpliendo, aunque difícilmente celebrando, sus 50 años. Por aquel entonces estaban siendo fuertemente criticadas desde todos los ángulos, entre otros motivos por lo que con razón se llamó la “década perdida” de los ochenta, durante la cual el Consenso de Washington había dominado las políticas de desarrollo. El Banco y el FMI fueron condenados por la extrema derecha por brindar asistencia a gobiernos corruptos e ineficientes. Una crítica más efectiva provino de quienes atacaban la agenda dogmática de “mercado versus Estado” del Banco.

En respuesta, el Banco y el FMI adoptaron una serie de conceptos y posturas en materia de políticas que fueron fundamentales para desviar las críticas y restaurar cierto grado de legitimidad. Los gobiernos debían ahora ser socios, “apropiarse” de las políticas establecidas como condiciones para el otorgamiento de los préstamos. Se enfatizaba la “buena gobernanza”. El Marco Comprensivo de Desarrollo* del Banco inspiró un nuevo compromiso y una asociación con el FMI para el alivio de la pobreza e hizo posible que se limaran las diferencias marginales entre ambas instituciones en la formulación de los Documentos Estratégicos para la Reducción de la Pobreza** (como se conoce, desde 1999, a las evaluaciones económicas de los países que reciben préstamos). Ahora se admitía que el Consenso de Washington había tenido un sesgo excesivamente macro hacia la estabilización y una restringida agenda micro de incentivos de precios. Entonces se abogó por una noción “más amplia” de desarrollo.

Un conjunto de avances intelectuales dentro de la corriente dominante de la economía brindó un contexto favorable en el cual el Banco y el FMI emprendieron esta reinención. Una economía del desarrollo “más nueva” había surgido a fines de los ochenta con el “redescubrimiento” de la singularidad del desarrollo. A diferencia de la “nueva” economía del desarrollo neoliberal, la primera enfatizaba las *imperfecciones* del mercado (e institucionales)². Por una parte, reflejaba los intentos de incorporar realismo al análisis económico, incluyendo factores tales como las economías de escala, la información imperfecta o incluso la ausencia de mercados; por otra, reflejaba la ambición de incluir aspectos que tradicionalmente habían estado más allá del campo de la corriente dominante de la economía (historia, instituciones, redes sociales, etcétera).

* N. del T.: En inglés, Comprehensive Development Framework.

** N. del T.: En inglés, Poverty Reduction Strategy Papers.

El deseo del Banco de comprometerse con esos desarrollos se concretó al contratar a Stiglitz como economista en jefe. Así como el Banco había ganado liderazgo intelectual durante el crecimiento de la importancia de la “monoeconomía” del Consenso de Washington, según la cual el problema del desarrollo se reducía a las respuestas racionales de los agentes económicos a los incentivos de precios, el fracaso en el compromiso con un paradigma cambiante suponía el riesgo de que este liderazgo se viera amenazado. La designación de Stiglitz también ofrecía la oportunidad de demostrar que el Banco era sensible a las críticas al Consenso de Washington por su extrema postura pro-mercado y por sus pobres resultados en la práctica.

Inicialmente, Stiglitz cumplió con las expectativas. Es más, poco después de su designación convocó a su Consenso Post-Washington, cuyos elementos principales fueron ratificados en el Marco Comprensivo para el Desarrollo que luego plantearía el presidente del Banco, James Wolfensohn. Se delineó una estructura más amplia para el desarrollo, basada en objetivos de sostenibilidad ambiental, equidad y democracia:

Buscamos un desarrollo sostenible, que incluya la preservación de los recursos naturales y el mantenimiento de un medio ambiente saludable. Buscamos un desarrollo equitativo que asegure que todos los grupos de la sociedad, y no sólo los estratos superiores, disfruten de los frutos del desarrollo. Y buscamos un desarrollo democrático en el que los ciudadanos participen por múltiples vías en las decisiones que afectan sus vidas³.

Este planteo sugería que el Banco estaba abandonando el neoliberalismo y adoptando un enfoque sobre el desarrollo más moderado y más amplio que el de confiar en la medida de lo posible en las fuerzas del mercado. El hecho de que el Banco reacentuara su rol en el desarrollo tuvo también consecuencias para su relación con el FMI. Mientras que la era de ajuste estructural había implicado superposiciones importantes, convirtiendo a las dos instituciones en lo que algunos observadores definían como gemelos idénticos más que mellizos “fraternales”⁴, la nueva agenda del Banco trataba de reafirmar la demarcación convencional entre el foco predominantemente macroeconómico de corto plazo del FMI y el enfoque estructural de más largo plazo del BM.

Sin embargo, en la medida en que las innovaciones discursivas patrocinadas por Stiglitz ofrecían crecientemente una plataforma para la oposición a políticas particularmente apreciadas por el Tesoro de EUA y promovidas exitosamente por el FMI, la diligencia de Stiglitz pasó rápidamente de ser un activo a ser un pasivo. Había disentido con el manejo de las crisis financieras de fines de los noventa por parte del FMI (en el Este Asiático en

1997-1998, Rusia en 1998, Brasil en 1999) y con la promoción de privatizaciones apresuradas en las ex economías dirigidas. En la visión de Stiglitz, el FMI surgió rápidamente como el mellizo malvado, la encarnación de la perniciosa ideología monetarista y, en última instancia, como un obstáculo para el desarrollo⁵.

Semejante ataque a uno de los pilares de un esquema financiero internacional cuidadosamente custodiado por EUA por parte de una persona de alto perfil de la casa no fue bien recibido por el establishment financiero de ese país. La respuesta del secretario del Tesoro estadounidense Lawrence Summers, quien previamente fuera economista en jefe del Banco, fue inequívoca: si Wolfensohn quería un segundo período al frente del Banco, Stiglitz debía irse⁶. Una vez liberado de su chaleco de fuerza oficial, Stiglitz siguió, no obstante, enfureciendo al sector financiero de EUA. Significativamente, en un artículo publicado en el *New Republic*, llamó al staff del FMI “estudiantes de tercera categoría de universidades de primera” y, por primera vez, identificó a los intereses financieros creados como la razón por la cual se habían impuesto determinadas políticas en las economías asoladas por las crisis⁷, un tema que siguió desarrollando en su *best seller* internacional publicado en 2002.

GLOBALIZACIÓN Y LIMITADO DESCENTENTO

En *El malestar en la globalización*, Stiglitz pudo plantear su argumento contra el Consenso de Washington libre de las restricciones que tenía cuando estaba trabajando para el Banco. No obstante, lo hizo de una manera sólo marginalmente distinta de la posición que había adoptado antes de su partida. Las críticas de Stiglitz son, y siempre han sido, críticas convencionales que, por otra parte y desde perspectivas diferentes, ya habían sido realizadas por académicos progresistas una década antes —o incluso más— de que Stiglitz las hiciera suyas, en buena medida sin reconocerlo (conforme con la práctica del Banco que nunca reconoce que su cambiante retórica puede haber sido anticipada, mucho menos sugerida, por críticos externos). Específicamente, Stiglitz está preocupado por el hecho de que las políticas impuestas por el neoliberal Consenso de Washington como condiciones asociadas a los préstamos han sido desastrosas. Ellas incluyen, por ejemplo, una austeridad fiscal que provoca la deflación de la economía y la inestabilidad económica y social; altas tasas de interés que también provocan deflación y fuerzan a la bancarrota de las empresas; liberalización del comercio que debilita las industrias locales antes de que puedan volverse competitivas; liberalización financiera que excluye a los bancos locales afines a las necesidades internas; y privatización prematura e inapropiada previa a la creación de las instituciones necesarias para la implementación y regulación⁸.

Pero donde Stiglitz realmente trasciende las posiciones que tenía antes de ser despedido es en la ferocidad de su crítica al FMI, al que acusa de ser principalmente responsable de las políticas pobres y fracasadas. No es claro por qué atribuye menos responsabilidad al Banco, excepto que pensemos en una lealtad persistente de su parte y en la creencia de que el FMI frustra al BM. Sus cargos contra el FMI van más allá de los argumentos acerca de la mala economía y, por lo tanto, las malas políticas. En todo caso, los mismos se explican por dos factores evocados como *dei ex machina*: la ideología y el interés propio. Stiglitz ve al Consenso de Washington como impulsado por una creencia dogmática en las virtudes del libre mercado que va contra toda evidencia. Esta creencia ha sido efectivamente demolida, en lo que a Stiglitz se refiere, por su propio enfoque económico: “los avances más recientes de la teoría económica [...] han probado que, cuando la información es imperfecta y los mercados incompletos (es decir: siempre, y especialmente en los países en desarrollo), entonces la mano invisible funciona del modo más deficiente”⁹.

Resulta significativo que la perspectiva de información imperfecta/mercados imperfectos sobre la que ha informado exclusivamente el trabajo académico de Stiglitz esté casi totalmente ausente en su libro más vendido. Esta ausencia no parece deberse tanto a un deseo de popularizar su argumento (si bien esto sin duda ayuda) como a un viraje en lo que él concibe como los factores explicativos centrales. Además de deplorar el rol de la ideología neoliberal, plantea que el Consenso de Washington ha sido impulsado y aceptado por aquellos a los que este mayormente beneficia, permitiendo que los intereses de la comunidad financiera de Washington prevalezcan por sobre los de los pobres del mundo.

Con todo, la visión de la ideología y de los intereses de la comunidad financiera representa una contradicción notoria y generalmente desapercibida en el análisis de Stiglitz. Esta perspectiva no concuerda con las referencias que hace a los avances en la teoría económica (Stiglitz se refiere fundamentalmente a su propio trabajo), según la cual los *individuos* persiguen *racionalmente* su propio interés, como lo hacen en todas las teorías económicas centrales. Si cuestiones como la ideología y una comunidad de intereses (financieros) importan, es algo que queda fuera del enfoque analítico de Stiglitz. En cambio, el autor plantea el problema en términos de un fracaso moral del FMI y sus partidarios. Y aunque Stiglitz es lo suficientemente crítico respecto de la globalización neoliberal como para que se lo considere un disidente destacado, su crítica raramente se extiende al Banco, sobre todo cuando este puede desvincularse del FMI o ser determinado por él. Pero la evolución de la posición del Banco, antes, durante y después del reinado de Stiglitz, sugiere que es más importante prestar atención tanto a las ideologías como a las conspiraciones de intereses más que a los funcionamientos im-

perfectos de manos más o menos invisibles. En otras palabras, el trabajo de Stiglitz termina en el punto en el que debería justamente comenzar.

RETÓRICA, CONOCIMIENTO Y POLÍTICAS EN EL BANCO

Si bien la contribución de Stiglitz sirvió para una muy necesaria vigorización del Banco, su compromiso con las consecuencias en materia de políticas de su propio trabajo, evidente en su crítica creciente al FMI, no podía conciliarse con su permanencia en el Banco, y finalmente terminó en su remoción. Es en estas circunstancias que el supuesto viraje del Banco hacia posiciones más favorables al Estado y los pobres requiere de una cuidadosa deconstrucción basada en un examen detallado de sus cambios en materia de privatización, asistencia y conocimiento.

Aunque el Banco ha perseguido fanáticamente la privatización en el pasado, su nueva posición se subraya en el encabezamiento de un informe global reciente refrendado por el actual economista en jefe, François Bourguignon: “Los méritos de la privatización se han exagerado y esta ha sido malinterpretada”. La posición previa del Banco se había sostenido en el dogma de libre mercado y en la juiciosa selección e interpretación de la evidencia. En contraste, su última posición acepta que en principio puede haber razones para la continuidad de la propiedad pública, a pesar “del hecho de que la propiedad estatal es imperfecta”, y presenta el caso de la energía hidroeléctrica en Brasil. Confiesa que se necesita más y mejor evidencia para analizar el impacto de la privatización sobre el bienestar. Y mientras tanto, como siempre, lejos de la autocrítica, permite que *The Wall Street Journal* hable en su nombre acerca del tema:

El Banco Mundial, el apóstol de la privatización, está teniendo una crisis de fe. Lo que en los noventa parecía una idea nada sofisticada, esto es, que las naciones en desarrollo deben vender la infraestructura estatal deficitaria a inversores privados eficientes, ha dejado de ser tan obvio [...] Los consumidores, que se sienten defraudados, asocian de manera creciente la privatización con tarifas más altas para ellos y mayores ganancias para empresas extranjeras y funcionarios corruptos. El giro inesperado de las cosas ha dejado a los entusiastas de la privatización en el Banco Mundial preguntándose qué salió mal¹⁰.

Parece entonces que hubiera, en principio, un viraje hacia una posición más moderada en materia de privatización, y que se hubiera pasado del dogma a una perspectiva más académica, en buena medida al estilo de Stiglitz. En la práctica, la situación con respecto a las políticas está, sin embargo, abierta a una interpretación enteramente diferente. Esto se puede constatar leyendo

el propio informe entrelíneas. Su tesis no se trata de aceptar que la privatización ha ido demasiado lejos y que es momento de dar a las empresas estatales otra oportunidad. Al contrario, la mayor parte del informe se preocupa por identificar las precondiciones en materia de regulación y competencia que el Estado debe garantizar para que la privatización pueda reanudarse y ser exitosa. No se considera que la empresa estatal sea la alternativa, ni se evalúa la posibilidad de que los recursos, los esfuerzos y la construcción de capacidades necesarias para garantizar la privatización exitosa se usen para promover y mejorar el desempeño de la empresa estatal.

Aun más, el informe tiene conciencia de la medida en que la privatización se ha estancado en la práctica, especialmente en África, como resultado de la oposición de los gobiernos, los movimientos populares y —mayormente mediante la resistencia pasiva— el capital privado (externo). Este último raramente se interesa en invertir en infraestructura socioeconómica, tal como la provisión de agua, con clientes empobrecidos y rendimientos inciertos. El resultado es que el informe ofrece una jerarquía de infraestructura seleccionada para la privatización, que va desde las áreas atractivas de telecomunicaciones y energía, pasando por el transporte, hasta otras que no generan interés, como las del agua y los servicios cloacales.

En síntesis, el Banco ha adoptado un enfoque aparentemente más cauto respecto de la privatización, en principio, con el fin de llevarla a buen término en la práctica, centrándose en los sectores en los que habría más posibilidades de éxito. La actividad del Estado es necesaria para hacer que las privatizaciones se concreten. Al respecto, el Banco ha buscado transferir miles de millones de dólares de financiamiento para infraestructura del sector público al privado; de la Asociación Internacional de Fomento (AIF), que otorga préstamos a los gobiernos con condiciones de privilegio, a la Corporación Financiera Internacional (CFI), que presta exclusivamente al sector privado¹¹.

Hay lecciones más generales que pueden aprenderse a partir de este relato, ya que el mismo revela que hay una disonancia considerable entre el conocimiento, la retórica y la política del Banco. Como se planteara en otro lugar, los modos en que estos son (in)consistentes entre sí varían a lo largo del tiempo y según las temáticas¹². En el nivel más general, la retórica neoliberal del Consenso de Washington es pura fantasía, que sirve para justificar u ocultar la extensa intervención discrecional, más que nada en las condicionalidades impuestas con préstamos de ajuste. Por contraste, la nueva retórica es igualmente discrecional en sus intervenciones de políticas, pero ahora brinda una base lógica diferente para las mismas. A la luz de “unas variadas características de los países, tanto observables como no observables, incluyendo la capacidad institucional, la cultura empresarial, la naturaleza de

los grupos de interés organizados, los patrones de conflicto social y los códigos de conducta”, ahora declara que “no hay un modelo universalmente apropiado”¹³. De este modo, el aparente distanciamiento del Banco respecto del neoliberalismo no sólo ha realzado su legitimidad y consistencia sino que también le ha proporcionado justificación para un campo más amplio de intervención tanto en política económica como social, tendiente a hacer que los mercados funcionen y a corregir sus imperfecciones a través de los factores no económicos que los sostienen.

CONOCIMIENTO DE LA ASISTENCIA Y EN ASISTENCIA DEL CONOCIMIENTO

Una inspección detallada de la retórica y las prácticas del Banco acerca de la asistencia ilustra estos temas. Cuando Stiglitz llegó al Banco en 1997, listo para infundirle su propio estilo de pensamiento, las realidades operacionales en materia de asistencia habían tomado una forma particular. Luego de más de quince años de experiencia con préstamos para el ajuste estructural y de mucho debate dentro y fuera del Banco, había emergido dentro de la institución un consenso, evidente en su informe de 1994 sobre África¹⁴, en torno a que el ajuste había promovido políticas “acertadas” pero no había producido necesariamente muy buenos resultados en términos de crecimiento o reducción de la pobreza. Según lo entendió el Banco, los problemas de implementación cargaban todo el peso del desempeño económico inadecuado, y la “adopción” local de su programa de reforma se volvió una precondition percibida para el éxito económico de los paquetes de asistencia. En esta línea, la ambición de ejercer mayor selectividad en la asignación de los flujos de asistencia ganó adeptos. En lugar de imponer condiciones a cumplir a cambio de los préstamos, los préstamos debían estar condicionados a lo que ya se había logrado de antemano. Es más, los países que todavía no habían “mejorado” suficientemente sus políticas o su gobernanza se beneficiarían de las ideas (fundamentalmente transferidas a través del diálogo acerca de las políticas y los servicios de asesoría) más que de los préstamos. A medida que el rol pedagógico del Banco se movió al centro de la escena, se planteaba que “la ayuda puede nutrir a la reforma incluso en los entornos más distorsionados, pero para ello se requiere paciencia y prestar más atención a las ideas que a los recursos”¹⁵.

El núcleo de funcionamiento del sistema de asignación de recursos del Banco es la Evaluación de las Políticas e Instituciones Nacionales (EPIN)*, que se realiza anualmente. Esta consiste en atribuir un puntaje en una escala de 1 a 6 para 16 criterios¹⁶. Necesariamente, el juicio del Banco acerca de

* N. del T.: En inglés, Country Policy and Institutional Assessment (CPIA).

qué política y qué contexto institucional se adaptan mejor al desarrollo está implicado en los puntajes, y estos se construyen en torno de preceptos fácilmente reconocibles: baja inflación, superávit presupuestario, restricciones mínimas sobre el comercio y el flujo de capitales, mercados flexibles de bienes, trabajo y tierra, tasas de interés determinadas por el mercado, prohibición de crédito directo y políticas de competencia que garanticen igual tratamiento de los inversores externos y locales, acompañadas por una convertibilidad “prácticamente” total de la cuenta de capital. Para atenuar el sabor a Consenso de Washington que tiene esta perspectiva, la EPIN incluye además criterios que proyectan preocupaciones por la equidad –limitados a la focalización del gasto público y redes de seguridad social, el medio ambiente y el género, un reconocimiento de la importancia del desarrollo de recursos humanos (salud, educación, nutrición) y la “gobernanza”, entendida como el régimen de derechos de propiedad y contratos, transparencia del gobierno, prevención de la corrupción, organización de la función pública y calidad de la gestión presupuestaria y financiera¹⁷. La fórmula de distribución desplegada por el Banco asegura que el nivel de recursos asignados crezca más rápido que el puntaje de desempeño, de manera tal que haya una recompensa considerable para los países que están en el segmento superior de la escala de la EPIN. En el último ejercicio de asignación de la asistencia del Banco, esto se tradujo en una distribución de recursos por la cual los países que estaban en el quintil más alto de desempeño recibieron en promedio cinco veces más asistencia per cápita que los países ubicados en el quintil inferior¹⁸.

El ejercicio de la EPIN muestra de manera emblemática cómo en la práctica la asistencia del Banco sigue condicionada de manera aún más rigurosa a un conjunto clave de políticas neoliberales, bajo la apariencia de preocupaciones sociales y de gobernanza. Esto se combina con su compromiso con el “control” nacional de los programas a través de los Documentos sobre Estrategias de Reducción de la Pobreza (DERP)*. Dichos documentos son producto de una estrecha colaboración entre el receptor/deudor y el Banco/FMI, cubierta por un procedimiento compulsivo de “participación” en el que los resultados de la EPIN sirven como balizas que indican áreas en las que deben centrarse los DERP¹⁹. El país receptor facilita una estructura de políticas desarrollada de acuerdo con las prioridades del Banco/FMI, que vincula ciertos aspectos de la formación de políticas sociales al bien conocido marco macroeconómico neoliberal²⁰.

La propuesta de asignar selectivamente la asistencia a países caracterizados por políticas e instituciones “buenas” llegó a ser formalmente apoyada por

* N. del T.: En inglés, Poverty Reduction Strategy Papers (PRSPs).

un conjunto de argumentos referidos a la relación entre asistencia, condicionalidad y desempeño macroeconómico. Estos argumentos son atribuidos principalmente a unos pocos individuos (Paul Collier, David Dollar y Craig Burnside), con un rol activo en el departamento de investigación del Banco cuando Stiglitz era economista en jefe. Su tesis principal, que constituye el mensaje central de los dos informes más importantes del Banco sobre asistencia y condicionalidad, es simplista y predecible²¹. La asistencia sólo afecta la tasa de crecimiento de las economías receptoras positivamente cuando prevalecen las políticas/instituciones “correctas” y la condicionalidad no tiene efecto en el entorno de las políticas. La racionalización política de estos criterios es que la asistencia debe (re)distribuirse hacia aquellos países con un entorno institucional y de políticas “bueno”. Esta idea burda adquirió rápidamente estatus científico, a pesar de la naturaleza seriamente defectuosa de la investigación que la subyace²². Sus deficiencias van desde la debilidad de la especificación del modelo al mal uso de los datos y del material de casos. Esto plantea serios interrogantes tanto acerca de los estándares académicos como de la honestidad intelectual del Banco, interrogantes que son especialmente significativos si se tiene en cuenta que el Banco dispone de enormes recursos de investigación y su actual pretensión de comandar y difundir conocimiento²³. Es interesante señalar que Stiglitz ratifica esta investigación en varias ocasiones, aunque la perspectiva macroeconómica de la misma contradice directamente su Consenso Post-Washington²⁴.

La proyección de esta forma particular de entender la dinámica de la asistencia y la condicionalidad se ligó convenientemente al nuevo énfasis del Banco en el “conocimiento”. En la Reunión Anual del Banco de 1996, James Wolfensohn lanzó un conjunto de iniciativas destinadas a operacionalizar su visión del “Banco de Conocimiento”²⁵. Por supuesto, el Banco siempre ejerció un rol relacionado con el conocimiento, el cual incluye una cantidad de elementos contradictorios, pero aquel se fue profundizando a medida que la institución se convirtió en líder del régimen de asistencia cuando, durante los ochenta, los préstamos destinados a apoyar determinadas políticas se expandieron rápidamente²⁶. La actual promoción explícita de una misión de conocimiento del Banco adquirió un significado específico al reflejar determinados virajes dentro del Grupo Banco Mundial, a los que se hizo referencia anteriormente.

Durante las dos últimas décadas, el Grupo ha sido testigo de la muy rápida expansión de su sector privado, la Corporación Financiera Internacional²⁷. Esto ha sido acompañado por un descenso constante en las operaciones de su ventanilla tradicional de préstamos, el Banco Internacional para la Reconstrucción y el Desarrollo (BIRD), el cual, en el año 2002, registró por primera vez un flujo negativo de préstamos y una caída significativa en la contribución

de los donantes, de un tercio respecto de las cifras de la última década, a la ventanilla de asistencia del Banco (la AIF)^{*28}. Mientras tanto, todas las actividades actuales del Banco están claramente orientadas por la prioridad estratégica del desarrollo del sector privado²⁹. Estas tendencias resaltan el uso de los recursos financieros del Banco a tasas subsidiadas para apoyar la inversión corporativa, contradiciendo su supuesta misión —en tanto institución financiera internacional pública— de promoción del desarrollo y de lucha contra la pobreza. La misión de “conocimiento” difícilmente pueda superar esta desconexión, pero el enfatizar su habilidad supuestamente única para compartir décadas de aprendizaje acerca del desarrollo económico con clientes alrededor del mundo ha servido para alejar la atención del rol financiero del Banco.

La promoción de una misión de conocimiento para el Banco fue acompañada por un conjunto de argumentos analíticos que explicaban las razones por las que la entidad debía comprometerse. Stiglitz, muy interesado en imponer su propio análisis en la nueva área, contribuyó a desarrollar estos argumentos. El “conocimiento” surge como otro factor de producción, y los países pobres difieren ahora de los ricos “no sólo porque poseen menos capital, sino porque poseen menos conocimiento”³⁰. Más aun, el “conocimiento” tiende a ser un bien público. Stiglitz explica:

La mayoría del conocimiento es un bien público global: un teorema matemático es verdad tanto en Rusia como en EUA [...] Los problemas con los que se enfrenta la economía, tales como la escasez, son ubicuos y, por lo tanto, las leyes de la economía son universalmente aplicables aunque existan instituciones idiosincrásicas dentro de cada país³¹.

Y continúa:

Buena parte del conocimiento que se requiere para el desarrollo exitoso no es patentable, no es el conocimiento que subyace a los nuevos productos o procesos. Más bien, es un conocimiento diferente pero igualmente fundamental: cómo organizar las empresas, cómo organizar las sociedades, cómo vivir vidas más saludables de modos que cuiden el medio ambiente. Implica conocimiento que afecta la fertilidad y conocimiento acerca del diseño de las políticas económicas que promueven el crecimiento económico³².

La provisión de tal bien público será deficiente sin apoyo público activo. Aquí radica, pues, un rol central del Banco:

* N. del T.: Asociación Internacional de Fomento.

La acumulación, procesamiento y diseminación del conocimiento sobre desarrollo, así como el trabajar más ampliamente para cerrar la brecha de conocimiento, son responsabilidades particulares del Banco Mundial. Las dos actividades del Banco son complementarias. El conocimiento, particularmente el conocimiento acerca de las instituciones y políticas que hacen que la economía de mercado funcione mejor, conduce a obtener ingresos más altos y a una mejor asignación del capital [...] El Banco Mundial tiene un rol que cumplir en la provisión de este asesoramiento, rol que va más allá de la naturaleza de bien público del conocimiento. Es un agente honesto y ampliamente percibido como tal³³.

Aparentemente caracterizado por economías de escala y de alcance en materia de conocimiento, el Banco tiene una capacidad única para analizar, codificar y diseminar la experiencia sobre desarrollo alrededor del mundo. La investigación del Banco sobre asistencia y condicionalidad a la que aludí previamente es un caso ilustrativo:

Un ejemplo de cómo las economías de alcance trabajan a favor de la investigación del Banco lo ofrece un informe titulado *Assessing Aid*. Macroeconomistas, analistas de finanzas públicas y expertos en pobreza trabajaron sobre diversos aspectos del impacto de la ayuda y estos análisis fueron luego reunidos para construir una visión integrada de lo que funciona, lo que no y por qué³⁴.

No importa el hecho de que esta investigación no pudiera sostener sus propias conclusiones y violara notoriamente las reglas básicas de la investigación académica³⁵. ¿Es posible que imperativos particulares hayan dirigido sus conclusiones, en un ejemplo craso de “complicidad intelectual”? Por supuesto que no: el conocimiento del Banco es “neutral”, particularmente en el contexto de los cambios recientes en el estudio del desarrollo, con el proyecto intelectual (stiglitziano) de la (Más) Nueva Economía del Desarrollo, la cual le da al Banco una oportunidad de rediseñarse a sí mismo confortablemente de acuerdo con las líneas del “conocimiento”. Además, con el final de la Guerra Fría las grandes batallas ideológicas parecen haber concluido, y existe un “acuerdo casi universal” según el cual los mercados deben estar en el centro de cualquier economía “vital”³⁶. El gobierno juega un rol de complemento de los mercados, garantizando su funcionamiento adecuado³⁷. Dentro de este amplio acuerdo, los debates en curso giran en torno a “cuestiones más técnicas, entre ellas, cómo responder a la crisis económica, cómo llevar a cabo la reforma financiera y cuál es la secuencia adecuada para la privatización”³⁸. Así, finalmente, mientras las naciones del mundo en vías de

desarrollo han tenido que luchar para superar su herencia colonial, Stiglitz sugiere que “no es necesariamente cierto que todo lo que los colonizadores dejaron tras de sí—incluyendo sus teorías económicas— fuera defectuoso y no es necesariamente cierto que las teorías económicas de quienes apoyaban las luchas de independencia fueran razonables”³⁹.

Esto es sin duda un manifiesto para el neocolonialismo en el campo de la economía, y está anclado en un entendimiento del conocimiento radicalmente reduccionista⁴⁰. Se ignora completamente el contexto socio-histórico, político y económico en el que se produce y se utiliza el conocimiento. Esta ignorancia se combina con una notoria ausencia de reflexión crítica acerca de cómo se gobierna el Banco y de las implicancias que esto tiene para las normas de aceptabilidad “científica”, fuertemente afectadas por el papel central de la economía en el Banco y por el estado particular de la disciplina⁴¹. Como lo han notado otros, la pretensión del Banco de ser el principal depósito y distribuidor de conocimiento acerca del desarrollo simplemente afianza y refuerza las relaciones de poder globales⁴².

Al respecto, los temas planteados por la Red de Desarrollo Global* resultan ilustrativos⁴³. La idea para esto surgió de un esfuerzo del Banco por ampliar su enfoque regional sobre las redes de políticas e investigación⁴⁴. La misma fue iniciada por Stiglitz y contó con fuerte apoyo de Wolfensohn.

La Red de Desarrollo Global está explícitamente destinada a ser un foro para compartir el conocimiento del Sur mediante la organización de conferencias, la colaboración en investigación, los premios de investigación, etc. Mientras el Banco de Conocimiento “explora globalmente” las mejores prácticas, los socios de la Red de Desarrollo Global “reinventan localmente”, con adaptaciones locales que vienen a ser la “reinvención” de las “mejores prácticas” para el nuevo contexto a través de institutos locales de investigación y políticas⁴⁵. Donde previamente el “asesoramiento” en materia de políticas, respaldado por la condicionalidad, intentaba hacer que un país implementara “recetas de mejores prácticas”, a menudo sin “control nacional” de las reformas o sin apoyo para las mismas, ahora las instituciones locales de investigación y políticas pueden adaptar y preparar una “iniciativa de política transplantada” para “sobrevivir mejor y tal vez prosperar en el contexto local”. Como resultado de este proceso de “adaptación”, que a menudo implica “reinventar la idea”, los funcionarios gubernamentales no deberían seguir viendo la reforma como una imposición externa “sino como un producto local que responde a sus necesidades y que ellos pueden patrocinar”⁴⁶. De este modo, y especialmente en el contexto de una decadencia persistente de las instituciones de investigación nacionales de los países en vías de

* N. del T.: En inglés, Global Development Network (GDN).

desarrollo ocurrida durante las dos últimas décadas, la Red de Desarrollo Global viene a jugar un rol importante en la estructuración del suministro de pensamiento sobre desarrollo (“conocimiento”) dentro de los países en desarrollo, fortaleciendo el apoyo y las capacidades de fijación de agenda de ciertos *think tanks* y amplificando un discurso (económico) antes que voces alternativas. Se refuerzan determinados enfoques acerca de políticas gracias a la multiplicación de organizaciones en el ámbito doméstico y, si bien ciertas perspectivas alternativas sobre desarrollo y conocimiento de bases no quedan necesariamente excluidas del Banco o de la Red de Desarrollo Global, su influencia es mucho más tenue⁴⁷.

LOS LÍMITES DEL DISENTIMIENTO ORTODOXO

La relación entre las empresas analíticas de Stiglitz y la autorreinvención del Banco es obviamente más complicada de lo que puede inferirse a partir de su expulsión del mismo. La discusión planteada previamente acerca de la privatización, la asistencia como recompensa de buenas políticas (neoliberales) y el conocimiento como asistencia revela la complejidad del rol de Stiglitz. Como hemos visto, esta crítica acérrima a la privatización (prematura) y a la macroeconomía neoliberal ha tolerado la asistencia basada en el desempeño y ha adoptado positivamente la idea del conocimiento como asistencia. Esta respuesta variopinta es una consecuencia de la necesidad de Stiglitz de ajustarse a los dictados del Banco en materia de políticas mientras trabajaba allí, pero también de las limitaciones de su propia perspectiva económica. ¿Cuál es la sustancia del pensamiento económico de Stiglitz y en qué medida este avanza en un sentido que justifique su fama de radical?

Stiglitz entiende la economía (capitalista) en términos de la idea de que los intercambios ocurren entre agentes imperfecta y asimétricamente informados⁴⁸. En consecuencia, los mercados funcionan de manera imperfecta, lo que los lleva a ser ineficientes con respecto al volumen de comercio y, por lo tanto, a perpetuar los desequilibrios entre oferta y demanda, o incluso a estar ausentes completamente. A partir de su enfoque de teoría de la información acerca de las imperfecciones de mercado, Stiglitz saca conclusiones keynesianas en lo concerniente a política macroeconómica (una crítica al monetarismo)⁴⁹. Busca un balance apropiado entre mercado y Estado en materia de política microeconómica y, para los países en desarrollo, redes de seguridad para los pobres y una secuencia y regulación adecuadas de la liberalización financiera en particular, y de otras políticas en general, en oposición a la terapia de shock neoliberal.

En este sentido, y tal como quedó demostrado oportuna y reiteradamente en sus publicaciones, incluyendo tanto documentos de políticas como libros de texto o investigación pura, el rasgo más sobresaliente es una profunda

ortodoxia, a juzgar por una cantidad de criterios. Por ejemplo, él define la economía “como el estudio de la escasez, de cómo se asignan los recursos entre usos en competencia”⁵⁰, haciendo eco de la definición notoriamente adoptada por Lionel Robbins durante la Gran Depresión (cuando sin duda los recursos *no* estaban siendo asignados entre usos en competencia). Metodológicamente, Stiglitz mantiene el compromiso con los principios centrales de la ortodoxia, inspirándose casi exclusivamente en el individualismo metodológico, que plantea que, para bien o para mal, individuos optimizadores son organizados por el mercado en equilibrio. También acepta la distinción entre economía positiva y normativa, aunque reconoce que existe una dimensión ideológica inevitable porque la evidencia es insuficiente para discriminar entre teorías en competencia⁵¹.

Además, como la gran mayoría de los economistas convencionales, Stiglitz revela escaso conocimiento de la historia del pensamiento económico o de la economía política. Y tanto su Consenso Post-Washington como el Marco Comprensivo de Desarrollo de Wolfensohn se destacan por desatender la literatura que ha forzado la adopción de estas visiones —tanto la que se refiere al Estado desarrollista y el “ajuste con rostro humano”, como las críticas al neoliberalismo, la modernización y el desarrollo como crecimiento.

Esto se refleja en la ausencia en el trabajo de Stiglitz de numerosas variables cruciales desarrolladas por (y comunes a) las ciencias sociales en general y la economía política en particular. Por ejemplo, para Stiglitz la respuesta a la sugerencia de que los intercambios (entre capital y trabajo o terratenientes y campesinos, por mencionar algunos) podrían ser “reñidos” es localizar el “poder” en una categoría nebulosa que puede ser dejada de lado por deferencia hacia argumentos económicos más adecuados: “Hay buenas razones económicas, además del ‘poder’ (más allá de lo que signifique este término tan utilizado) para la existencia de relaciones jerárquicas”⁵². Esta posición con respecto al poder y otros planteos por el estilo indican una esquizofrenia fundamental en la visión del mundo que tiene Stiglitz, ya que él necesita apelar a tales factores siempre que su propia perspectiva teórica no puede (e inevitablemente no puede) dar cuenta de los factores que según su visión están operando.

Además, en ausencia de los conceptos de poder, conflicto, etc., y pese a que el énfasis en las fallas del mercado es la marca distintiva de la perspectiva económica de Stiglitz, sigue identificando a los mercados y la competencia como el elemento significativo central, si no el único, necesario para entender la economía y su funcionamiento efectivo. Desde su punto de vista, “a pesar de la presencia de competencia imperfecta, información imperfecta, externalidades y bienes públicos, el modelo básico de competencia sigue brindando elementos reveladores importantes y poderosos”. Si bien esto

constituye el punto de partida de su “modelo más rico y más completo de la economía moderna”, Stiglitz sugiere que, “en gran medida, los mercados privados asignan los recursos eficientemente”. En consecuencia, afirma que “tanto los individuos como los países se benefician con el comercio voluntario”, aunque luego modifica y hasta contradice este planteo al sugerir que “aunque todos los países se benefician del libre comercio, algunos grupos dentro de un país pueden verse negativamente afectados”. Ve al Estado como esencialmente benevolente, una institución especial (a la que todos pertenecen y que puede imponerse) para corregir las fallas del mercado y las consecuencias sociales indeseables. Esto implica un rol débil para el Estado y, también, un entendimiento tenue sobre él:

Hay tres razones básicas por las que el gobierno interviene en la economía: 1) mejorar la eficiencia económica, corrigiendo las fallas del mercado; 2) perseguir valores sociales de justicia, alterando los resultados del mercado; y 3) perseguir otros valores sociales, ordenando el consumo de bienes de mérito (tales como la educación) y proscribiendo el consumo de bienes de demérito (tales como drogas ilícitas)⁵³.

Si bien este planteo podría aceptarse como algo más que un ideal imaginario del Estado en las economías desarrolladas, difícilmente capture la naturaleza del Estado en los países en desarrollo y las economías de transición. Se excluye tanto la posibilidad de que el Estado pueda ser capturado por, o representativo de, intereses creados con sus ideologías y poderes correspondientes, como el tratamiento apropiado de la especificidad histórica y el contexto.

La limitación de estos principios analíticos queda crudamente expuesta en grandes problemas. Hechos históricos tales como la Gran Peste, por ejemplo, se convierten en acontecimientos accidentales o aleatorios. En materia de desarrollo, la pregunta que surge es si “los países desarrollados y menos desarrollados tienen funciones de producción distintas”. Una respuesta sostiene:

Subrayamos que los accidentes de la historia importan [...] en parte debido a los aspectos complementarios dominantes entre los agentes [...] y en parte porque incluso un conjunto de instituciones y comportamientos disfuncionales en el pasado pueden constituir un equilibrio de Nash del cual la economía no tiene inevitablemente que desplazarse⁵⁴.

En términos menos técnicos, “brechas en el conocimiento y en la organización, tanto entre países más y menos desarrollados como dentro de los países desarrollados, dan cuenta de buena parte de la diferencia de ingresos”⁵⁵. A la luz de este argumento, hubiera sido mejor que Stiglitz mantuviera su opi-

nión de 1991, cuando decía que en materia de desarrollo estaba lejos de ser “optimista” acerca del “éxito futuro de nuestra profesión”⁵⁶. Es significativo que a lo largo de su trabajo haya poca o ninguna referencia a la globalización. Esta ausencia se verifica en su *best seller*, *El malestar en la globalización*, en el que, a pesar de su título, difícilmente se encuentre un concepto, por no decir una teoría, de globalización (más allá de una reducción en los costos de transporte y comunicación).

En su propia experiencia profesional, Stiglitz se enfrenta con una paradoja insoluble. Si el mundo está poblado por individuos optimizadores y el Estado es esencialmente benevolente, ¿cómo explicamos la persistente adopción de malas políticas y que quienes reivindican buenas políticas se vean forzados a apartarse de los gobiernos? En el más personal de los niveles, en el mundo real, Stiglitz abandona sus principios analíticos y apela a cierta combinación de irracionalidad, ideología e intereses creados organizados. Sus colegas del FMI son reprendidos por su baja calidad. Si se necesita que el Estado actúe en nombre de los individuos que no saben qué es mejor para ellos⁵⁷, ¿qué sucede si estos individuos toman el control del Estado? La desregulación, la corrupción, las políticas macroeconómicas austeras y los momentos de auge y decadencia financiera fueron característicos del período en el que Stiglitz estuvo en el Banco Mundial y fue asesor de Clinton (a quien sigue siendo entrañablemente leal, creyendo que Clinton fue traicionado por sus otros asesores). Estas cuestiones lo llevan a sospechar acerca de la presencia de ideologías e intereses financieros arraigados.

Cabe notar que, como ya se indicó, en la revisión crítica de sus experiencias, Stiglitz atribuye los problemas a estos factores, a los que suma la incompetencia, y hace poca o ninguna referencia a la perspectiva teórica de la economía de la información, y ciertamente a ninguno de los teoremas que, según se dice, él exuda a cada hora⁵⁸. Pero, ¿de dónde provienen estos intereses creados y sus ideologías? Y, ¿por qué, cuándo, dónde y cómo prevalece la incompetencia? Las armas del ganador del Nobel callan, aunque siempre es posible ver dichos factores como las consecuencias de la dependencia de patrones establecidos en la persecución del interés individual, y el hecho de que mercados imperfectos e instituciones se hayan desarrollado en respuesta a shocks aleatorios. Sin embargo, estas acrobacias analíticas a lo sumo indican el universo paralelo en el que la perspectiva económica de Stiglitz sirve como una hoja de parra retórica e ideológica que cubre el lado más oscuro de la práctica del Banco.

COMENTARIOS FINALES

Con todo esto, ¿cómo se puede considerar radical a Stiglitz? Durante su período en el Banco, casi nunca aludió a la ideología y los intereses creados.

Esto ayuda a explicar las orientaciones y limitaciones de su contribución en aquel tiempo. El conocimiento como asistencia es totalmente compatible con su perspectiva de “información asimétrica”. De hecho, se considera que las diferencias en conocimiento explican las diferencias en los niveles de desarrollo. Sin indicio alguno de que el propio Banco podría estar sujeto a ideología e intereses creados (a pesar de los antecedentes de la institución previos a su llegada, frente a los cuales estaba reaccionando), Stiglitz sostenía que tenía sentido proveer su conocimiento. De igual manera, la asistencia focalizada tiene sentido en vista de problemas de compatibilidad de incentivos (¿cómo hacemos que los beneficiarios hagan lo que deben?). La privatización es objeto de críticas cuando no sigue la secuencia adecuada y no está correctamente regulada. Pero, como sucede en el caso de las macropolíticas cuando son extremadamente neoliberales, su crítica se restringe al FMI y a los tratamientos de shock impuestos en la ex Unión Soviética y otros lugares.

Así, el distanciamiento de la ortodoxia en la producción académica de Stiglitz sigue siendo tan limitado como complaciente es su actitud frente a la retórica y la práctica inadecuadas del Banco. No obstante, ha demostrado una integridad intelectual y personal considerable al mantener su compromiso con lo que ve como las consecuencias de su perspectiva económica sobre las políticas —hay imperfecciones de mercado e institucionales persistentes y deben ser tratadas, en lugar de esperar que desaparezcan por obra de la virtualidad neoliberal. Por llevar sus saberes a la arena de las políticas, particularmente en lo que se refiere a recomendaciones macroeconómicas inadecuadas tras las diversas crisis financieras y las privatizaciones apresuradas llevadas a cabo en economías en desarrollo y de transición, fue separado de su cargo en el Banco, pese al rol que su discurso sigue teniendo en la institución (y, de manera creciente, también en el FMI). De hecho, el informe del Banco sobre privatización, discutido anteriormente, cita confortablemente a Stiglitz ¡para apoyar su replanteo más reciente!⁵⁹.

En segundo lugar, la fama de radical de Stiglitz refleja virajes profundos en la ideología de aquellos entre quienes él se mueve —se trate de economistas académicos o de responsables de políticas— que se fueron dando a lo largo de su carrera. Es un keynesiano, con una creencia profunda en el funcionamiento imperfecto de la economía a nivel macro y micro. Como tal, podría haber pasado inadvertido durante y después del auge de la posguerra, a no ser por su prolífica producción académica. Pero ahora, en la era de la hegemonía neoliberal, parece ser una ráfaga de aire fresco y radical. Esto es implícitamente reconocido por el propio Stiglitz, quien ha puesto en marcha una campaña por una perspectiva económica alternativa (aunque raramente se haya comprometido con algo que estuviera fuera de las corrientes dominantes)⁶⁰.

Tercero, la naturaleza y el alcance de la economía han variado de forma tal, en parte gracias al propio Stiglitz, que los economistas convencionales han quedado más expuestos frente a los ojos del público. A diferencia de la vasta mayoría de sus predecesores keynesianos que se preocupaban por, y restringían sus principios analíticos a, el funcionamiento imperfecto de los mercados de las economías avanzadas, el enfoque de teoría de la información amplía su alcance para incorporar todas las relaciones económicas y sociales. Tal “imperialismo económico” significa que los economistas pueden hablar ahora libremente de política, costumbres, instituciones, historia, cultura y demás, de modos inmediatamente comunicables a no economistas y que parecen ser menos reduccionistas⁶¹.

Por esto la producción y la retórica de Stiglitz llevan a restaurar y sostener la legitimidad de las instituciones de Bretton Woods, aun cuando sus propias conclusiones en materia de políticas demostraron ser tan desagradables en la práctica. Alguna gente encuentra escasas diferencias entre su enfoque y el Consenso de Washington. Williamson, quien dio su nombre al Consenso, se queja diciendo: “yo intenté comprometer a Stiglitz en un debate acerca del Consenso de Washington. Se negó a participar, pretextando que él y yo disintimos poco acerca de la esencia y más sobre la semántica y no consideraba que valiera la pena discutir semántica”⁶².

La idea básica de corregir las imperfecciones institucionales y de mercado cuando hacerlo brinda mejores resultados que dejar las cosas libradas al mercado difícilmente represente una comprensión profunda del desarrollo o una receta para promoverlo. Sus afinidades con el Consenso de Washington son, por lo menos, tan llamativas como sus diferencias. Esto no llega siquiera a restaurar los pilares centrales del pre-Consenso de Washington del período de McNamara con su énfasis en un rol central para el Estado a través del bienestarismo*, la modernización y el keynesianismo⁶³. En lugar de esto, se nos ofrece asistencia limitada pero conocimiento excesivo —¿a qué efectos?

Tal vez la conclusión más importante que se puede sacar a partir del curioso caso de Stiglitz refiere a lo reducido que es el margen de crítica y cambio dentro del Banco Mundial. No había problema con su perspectiva económica. De hecho, a menos de un año de su renuncia se le otorgó el premio Nobel de Economía y el discurso de Stiglitz sigue sosteniendo la retórica del Banco (y crecientemente la del FMI). Pero tan pronto como se percibió que su perspectiva económica desafiaba en la práctica las políticas (la ideología y los intereses), la misma fue abruptamente eliminada. Una vez fuera del Banco, Stiglitz parece haber aprendido lo que muchos de nosotros ya habíamos aprendido: que la economía convencional, aun con imperfecciones de información, de mercado e

* N. del T.: En inglés, *welfarism*.

institucionales, debe ceder el paso a una economía política de intereses histórica e ideológicamente creados (de los cuales las finanzas occidentales son un buen punto de partida). Todavía queda por verse si esta verdad llegará a predominar por sobre el Consenso Post-Washington que él promovió cuando estaba en el Banco y que inconsistente y lamentablemente ha seguido promoviendo, incluso luego de descubrir que los intereses creados y la ideología pueden ser más significativos. Mientras Stiglitz demostró su integridad intelectual en la lucha contra la retórica del neoliberalismo, su trabajo se ha orientado a limitar la reacción progresiva contra aquella y a ocultar el divorcio persistente entre ideología y práctica en la empresa del conocimiento, la asistencia y el desarrollo.

NOTAS

- 1 Joseph E. Stiglitz, *Globalization and Its Discontents*, Nueva York: W.W. Norton & Co., 2002 [N. del T.: en castellano, *El malestar en la globalización*, Buenos Aires, Taurus, 2002].
- 2 Acerca de la nueva y de la más nueva economía del desarrollo, ver Ben Fine y K.S. Jomo, eds., *The New Development Economics: A Critical Introduction*, Nueva Delhi: Tulika Books/Londres y Nueva York: Zed Press, 2005, de próxima aparición.
- 3 Joseph E. Stiglitz, "More Instruments and Broader Goals: Moving Toward the Post Washington Consensus". Conferencia Anual de WIDER, 7 de enero de 1998, Helsinki [en español, "Más instrumentos y metas más amplias para el desarrollo. Hacia el Consenso Post-Washington", *Instituciones y Desarrollo*, N° 1, octubre, Barcelona, 1998, pp. 48-49. Esta y posteriores contribuciones están recopiladas en Ha-Joon Chang, ed., *Joseph Stiglitz and the World Bank: The Rebel Within*, Londres: Anthem Press, 2001.
- 4 Paul Mosley, Turan Subasat y John Weeks, "Assessing Adjustment in Africa", *World Development*, 23(9), 1995, p. 1.459.
- 5 Reflexionando acerca de las tareas que había tenido que encarar al entrar al Banco Mundial, Stiglitz comentaba: "Sabía que la tarea era ardua, pero jamás imaginé que uno de los mayores obstáculos que afrontan los países en desarrollo se debía a las propias personas y estaba justo al otro lado de la calle, en mi institución 'hermana', el FMI". Ver Stiglitz, *El malestar en la globalización*, p. 55.
- 6 Una buena reseña puede verse en Robert Wade, "Showdown at the World Bank", *New Left Review*, II/7, 2001, pp. 124-129. Técnicamente, Stiglitz renunció como Economista Jefe del Banco en noviembre de 1999, pero permaneció como "asesor especial" de Wolfensohn hasta abril de 2000, momento en que también fue forzado a dejar ese puesto.

- 7 Joseph E. Stiglitz, "What I Learned at the World Economic Crisis", *New Republic*, 17 de abril de 2000.
- 8 Ver Stiglitz, "More Instruments".
- 9 Stiglitz, *El malestar en la globalización*, pp. 113-114.
- 10 World Bank, *Reforming Infrastructure: Privatization, Regulation, and Competition*, Washington: The World Bank/Oxford University Press, 2004, p. 259; para las citas del párrafo previo, ver pp. 4, 8, 15 y 43.
- 11 K. Bayliss y D. Hall, "A PSIRU Response to the World Bank's 'Private Sector Development Strategy: Issues and Options'", University of Greenwich, <<http://www.psiru.org/reports/2001-10-U-wb-psd.doc>>, 2001 (revisado 25 de noviembre).
- 12 Ben Fine, *Social Capital versus Social Theory: Political Economy and Social Science at the Turn of the Millennium*, Londres: Routledge, 2001.
- 13 World Bank, *Reforming Infrastructure*, pp. 8-9.
- 14 World Bank, *Adjustment in Africa: Reforms, Results and the Road Ahead*, Washington DC: World Bank, 1994.
- 15 World Bank, *Assessing Aid. What Works, What Doesn't and Why*. Publicado para el Banco Mundial por Oxford University Press, 1998, p. 4 [en castellano, *Una evaluación de la ayuda: los éxitos, los fracasos y sus causas*. Versión electrónica disponible en <<http://www.worldbank.org/aid/overviewsp.htm>>].
- 16 La práctica de la EPIN ha sido promovida intensamente por el Banco a través de la comunidad de donantes y se está convirtiendo rápidamente en un parámetro. Ver Barry Herman, "How Well Do Measurements of an Enabling Domestic Environment for Development Stand Up?", UNCTAD, Meeting of the Group of 24, 2004, <<http://www.g24.org/003gva04.pdf>>.
- 17 Ver <<http://siteresources.worldbank.org/IDA/Resources/CPIA2003.pdf>>.
- 18 IDA, "Allocating IDA Funds Based on Performance", marzo de 2003, <<http://siteresources.worldbank.org/IDA/Resources/PBAAR4.pdf>>, p. 8.
- 19 Para un comentario crítico acerca de la naturaleza de la "participación" en el proceso DERP, ver Frances Stewart y Michael Wang, "Do PRSPs Empower Poor Countries and Disempower the World Bank, or Is It the Other Way Round?", QEH Working Paper Series, <<http://www.eurodad.org/uploadstore/cms/docs/WBevalMay03.pdf>>, 2003. En general, los grupos que no están de acuerdo con el punto de partida neoliberal y que plantean alternativas tienden a quedar excluidos del debate pretextando que no entienden de economía.
- 20 Es importante notar que el informe conjunto del Banco Mundial y el FMI sobre los DERP de 2003 llamó a un compromiso más estricto con la "disciplina" macroeconómica en los DERP: "si bien la mayoría

- de los DERP afirma la importancia de mantener una inflación baja y estable en sus esfuerzos para reducir la pobreza, hay poca evidencia de que se consideren de manera explícita las implicancias inflacionarias del financiamiento monetario”. Ver Fondo Monetario Internacional y Asociación Internacional de Fomento, “Poverty Reduction Strategy Papers-Progress in Implementation”, <<http://www.imf.org/external/np/prspgen/2003/091203.pdf>>, 2003, p. 5.
- 21 World Bank, *Assessing Aid*; Shantayanan Devarajan, David Dollar y Torgny Holgren, eds., *Aid and Reform in Africa*, Washington: World Bank, 2001.
 - 22 Una deconstrucción crítica de la tesis de Collier, Dollar y Burnside puede verse en Jonathan Beynon, “Policy Implications for Aid Allocations of Recent Research on Aid Effectiveness and Selectivity”, trabajo presentado en el Joint Development Centre/DAC Experts Seminar on “Aid Effectiveness, Selectivity and Poor Performers”, París, <<http://www.oecd.org/dataoecd/15/62/2664833.pdf>, 2001>.
 - 23 En el Banco, la investigación cuenta con un presupuesto anual promedio muy superior a los US\$ 100 millones, el cual empequeñece los recursos de que dispone cualquier otra institución dedicada a la investigación sobre desarrollo. Ver World Bank, *Report on the World Bank Research Program Fiscal 2000 and 2001 and Future Directions*, Washington: World Bank, 2002, p. 15.
 - 24 Joseph E. Stiglitz, “Can Aid Facilitate Development?”, *OECD Journal of Development Assistance*, 3(2), 1998, pp. 10-14; “The World Bank at the Millennium”, *Economic Journal*, 109, noviembre de 1999, p. 590; y “Scan Globally, Reinvent Locally. Knowledge Infrastructure and the Localisation of Knowledge”, en Diane Stone, ed., *Banking on Knowledge*, Londres: Routledge, 2000, pp. 25-26. Esto otorga fuerza a comentarios del personal del Banco, aun de quienes tenían afinidad con la visión de Stiglitz, en el sentido de que en buena medida Stiglitz consideraba al Banco como una agencia de turismo, descuidando su rol dentro de la institución en materia de orientación al personal o de dirección del complejo de investigación. Ver Robert Wade, “Showdown”, p. 129.
 - 25 Un relato exhaustivo de las diversas iniciativas del Banco de Conocimiento puede verse en Kenneth King y Simon McGrath, *Knowledge for Development. Comparing British, Japanese, Swedish and World Bank Aid*, Londres: Zed Books, 2004, especialmente págs. 55-98.
 - 26 Aunque bajo su auspicio los indicadores de desempeño económico cambiaron poco, si es que no empeoraron, el medio intelectual y los términos del debate se transformaron radicalmente. Ver Ben Fine y Colin Stoneman, “Introduction: State and Development”, *Journal of Southern African Studies*, 22(1), marzo de 1995, págs. 5-14; Peter Gibbon,

- “The World Bank and the New Politics of Aid”, *European Journal of Development Research* 5(1), 1993, pp. 35-62.
- 27 Entre 1980 y 2000, las inversiones de la CFI crecieron cuatro veces y medio en términos reales, y la proporción (junto con la de la Agencia Multilateral de Garantía de Inversiones) en el total de los productos financieros del Grupo Banco Mundial se incrementó más de siete veces, pasando del 3,3% en 1980 al 25% en 2000. Ver World Bank, “Private Sector Development Strategy-Directions for the World Bank Group”, <http://www.wds.worldbank.org/servlet/WDS_IBank_Servlet?pcont=details&eid=000090341_20030812143402>, p. 22.
- 28 Debe observarse que el monto de la reposición trienal de recursos de la AIF ha permanecido más o menos estable durante los últimos diez años, ya que la AIF se apoya crecientemente en sus propios recursos (fundamentalmente reflujos e ingresos por inversiones) para financiar sus actividades. Los últimos han crecido del 10% del total en la 10ª reposición de la AIF (1993-1996) a más del 40% en la 13ª reposición (2002-2004).
- 29 Ver World Bank, “Private Sector Development Strategy”.
- 30 World Bank, *World Development Report 1998/9. Knowledge for Development*, Oxford: Oxford University Press, 1998, p. 1.
- 31 Joseph E. Stiglitz, “Knowledge as a Global Public Good”, en Inge Kaul et al., eds., *Global Public Goods*, Oxford: Oxford University Press, 1999, pp. 310-311.
- 32 *Ibíd.*, p. 318. Ver también Christopher Gilbert, Andrew Powell y David Vines, “Positioning the World Bank”, *Economic Journal*, 109, noviembre de 1999, p. 563.
- 33 Stiglitz, “The World Bank at the Millennium”, 1999, p. 590.
- 34 Lyn Squire, “Why the World Bank should be Involved in Development Research”, en C. Gilbert y D. Vines, eds., *The World Bank: Structures and Policies*, Cambridge: Cambridge University Press, 2000, p. 118.
- 35 Al contrario, se plantea que el “retorno” de esta investigación es “120.000% del retorno de cada dólar de ayuda típica”, lo cual sigue siendo una “subestimación” puesto que el conocimiento puede usarse año tras año sin costos adicionales de generación. Al respecto, ver David Dollar, “Some Thoughts on the Effectiveness of Aid, Non-Aid Development Finance and Technical Assistance”, *Journal of International Development*, 13(7), 2001, p. 1.004.
- 36 Joseph E. Stiglitz, “Knowledge for Development: Economic Science, Economic Policy and Economic Advice”, en Joseph E. Stiglitz y Boris Pleskovic, *Proceedings of the Annual Bank Conference on Development Economics*, Washington: World Bank, 1999, p. 14.

- 37 Ver World Bank, *The State in a Changing World*, Nueva York: Oxford University Press, 1997.
- 38 Stiglitz, "Knowledge for Development", 1999, p. 14 (énfasis propio). Para Stiglitz, si persisten las diferencias ideológicas, como sucede en el caso de la desafortunada insistencia del FMI y el Tesoro de EUA acerca de la liberalización de la cuenta capital, la "ciencia" es el antídoto más fuerte.
- 39 Joseph E. Stiglitz, "Introduction", en C. Gilbert y D. Vines, eds., *The World Bank*, 2000, p. 4.
- 40 Acerca del carácter ahistórico y apolítico del concepto de conocimiento implícito en el análisis de Stiglitz, ver Lyla Mehta, "From Darkness to Light? Critical Reflections on the World Development Report 1998/99", *Journal of Development Studies*, 36(1), 1999, pp. 151-161.
- 41 Respecto de cómo el alto porcentaje de personal del Banco educado en EUA contribuye a ampliar la influencia de EUA, ver Devesh Kapur, "The Changing Anatomy of Governance of the World Bank", en J. Pincus y J. Winters, eds., *Reinventing the World Bank*, Ítaca: Cornell University Press, 2002, p. 65. Sobre el grado de norteamericanización de la economía, ver Ben Fine y Dimitri Milonakis, *Economic Theory and History: From Classical Political Economy to Economics Imperialism*, Londres: Routledge, 2006, de próxima aparición.
- 42 Ver Joel Samoff y Nelly P. Stromquist, "Managing Knowledge and Storing Wisdom? New Forms of Foreign Aid?", *Development and Change*, 32, 2001, especialmente pp. 639-642; y Lyla Mehta, "The World Bank and Its Emerging Knowledge Empire", *Human Organization*, 60(2), 2001, pp. 189-95.
- 43 Ver <www.gdnet.org>.
- 44 Ver Diane Stone y Erik Johnson, "The Genesis of the GDN", en D. Stone, ed., *Banking on Knowledge*, Londres: Routledge, 2000.
- 45 Stiglitz, "Scan Globally", p. 31.
- 46 *Ibíd.*, p. 33.
- 47 Diane Stone, "The 'Knowledge Bank' and the Global Development Network", *Global Governance*, 9, 2003, p. 20. Ver también Diane Stone, "Think Tank Transnationalisation and Non-Profit Analysis, Advice and Advocacy", *Global Society*, 14(2), 2000, especialmente pp. 170-171.
- 48 En su *Whither Socialism?*, Cambridge: MIT Press, 1994, Stiglitz explica las falencias y el colapso del socialismo mediante un razonamiento puramente especulativo basado en su enfoque de teoría de la información.
- 49 Sin embargo, él acepta el concepto básico de la tasa natural de desempleo; Joseph E. Stiglitz, "Reflections on the Natural Rate Hypothesis", *Journal of Economic Perspectives*, 11(1), 1997, pp. 3-10. Ver también su *The*

- Roaring Nineties: Seeds of Destruction*, Nueva York: W.W. Norton & Co., 2003, donde admite que el monetarismo podría funcionar temporalmente y de manera excepcional.
- 50 Joseph E. Stiglitz, *Economics of the Public Sector*, tercera edición, Nueva York: Norton & Company, 2000, primera edición de 1986.
- 51 Joseph E. Stiglitz, “Another Century of Economic Science”, *Economic Journal*, 100(1), enero de 1991, p. 131.
- 52 Ver el debate entre Joseph E. Stiglitz, “Post Walrasian and Post Marxian Economics”, y Samuel Bowles y Herbert Gintis, “The Revenge of Homo Economicus: Contested Exchange and the Revival of Political Economy”, en *Journal of Economic Perspectives*, 7(1), 1993, pp. 109-114 y pp. 83-102, respectivamente.
- 53 Joseph E. Stiglitz y Carl E. Walsh, *Economics*, tercera edición, Nueva York: Norton & Co., 2002, p. 338. Sobre las citas del párrafo anterior, ver pp. 229, 258 y 378.
- 54 Joseph E. Stiglitz y Karla Hoff, “Modern Economic Theory and Development”, Symposium on Future of Development Economics in Perspective, Dubrovnik, 13-14 de mayo de 1999.
- 55 Joseph E. Stiglitz, “Democratizing the International Monetary Fund and the World Bank: Governance and Accountability”, *Governance*, 16(1), 2003, p. 123.
- 56 Stiglitz, “Another Century”, p. 140, y “The New Development Economics”, *World Development*, 14(2), 1986, pp. 257-265.
- 57 Stiglitz, *Economics of the Public Sector*, p. 90.
- 58 Paul Samuelson, “A Small Pearl for Doctor Stiglitz’s Sixtieth Birthday: When Risk Averters Positively Relish ‘Excess Volatility’”, en Richard Arnott et al., eds., *Economics for an Imperfect World: Essays in Honor of Joseph E. Stiglitz*, Cambridge: MIT Press, 2003, p. 14.
- 59 Joseph E. Stiglitz, “Whither Reform? Ten Years of the Transition”, Keynote Address, Annual World Bank Conference on Development Economics, 29-30 de abril de 1999, Washington DC., citado en World Bank, *Reforming Infrastructure*, p. 259.
- 60 Ver la Initiative for Policy Dialogue en <www-1.gsb.columbia.edu/ipd>.
- 61 Ver Fine y Milonakis, *Economic Theory and History*.
- 62 John Williamson, “Appendix: Our Agenda and the Washington Consensus”, en Pedro-Pablo Kuczynski y John Williamson, eds., *After the Washington Consensus: Restarting Growth and Reform in Latin America*, Washington: Institute for International Economics, 2003, p. 326.
- 63 Ben Fine, “Introduction”, y “The New Development Economics”, en Fine y Jomo, eds., *The New Development Economics*.

